

# RESEÑA: VICTORIA GESSAGHI. LA EDUCACIÓN DE LA CLASE ALTA ARGENTINA: ENTRE LA HERENCIA Y EL MÉRITO. BUENOS AIRES: SIGLO VEINTIUNO EDITORES, 2016, 272 PP

JOAQUÍN GÓMEZ TREVIJANO

Instituto de Altos Estudios Sociales – Universidad Nacional de San Martín  
jgomeztrevijano@gmail.com

Como señala Victoria Gessaghi (2016: 10-11), a partir de los últimos decenios del siglo XX, la participación de la escuela en la reproducción de la dominación social —ya sea en su dimensión económica o simbólica— fue una preocupación central de la teoría social a nivel global. En Argentina, dicho problema se volvió aún más controvertido con el advenimiento de la crisis del 2001, cuando los estudios sobre la educación se hicieron eco de la preocupación acerca de su legado: una polarización social inédita que puso en entredicho el principio de integración e igualdad que supuestamente caracterizaba al país. El nuevo clima de época llevó a plantear que el sistema educativo argentino estaba fragmentado, subrayando la importancia de indagar la experiencia formativa de las elites de la nación. El libro *La educación de la clase alta argentina: entre la herencia y el mérito* se inscribe en estos debates, de los que también participan autores como Tiramonti (2004, 2007), Villa (2011) y Ziegler (2004, 2007), entre otros.

Desde un enfoque etnográfico —basado principalmente en entrevistas en profundidad dentro del área metropolitana de Buenos Aires— la autora reconstruye las historias de vida de diversos integrantes de las denominadas *familias tradicionales* de la Argentina, a fin de conocer su “trabajo de formación” (Bourdieu, 1985), es decir, el trabajo de representación que estos realizan por imponer su perspectiva sobre la posición que ocupan como miembros de la “clase alta” (2016: 15). Dejando de lado determinismos y sustancialismos, Gessaghi deconstruye la noción nativa de “clase alta”, para lo cual analiza su producción social en una configuración que integra, en sus propias palabras, “múltiples discursos, complejos sentidos y prácticas de sujetos concretos en una constante negociación” (2016: 13).

La clase alta argentina, señala la autora, está cifrada en determinados *apellidos* que conforman las *grandes familias* del país, siendo crucial la herencia material y simbólica condensada en esos patronímicos durante la disputa por la pertenencia a un grupo “superior”. La cuestión de la educación, por tanto, deviene insoslayable: ¿Cómo se construye, se mantiene y se justifica una posición de privilegio si la igualdad misma estaría instalada en el país como motor de luchas? Si la escuela

fue siempre vista como la gran igualadora, integradora y garante de movilidad social, ¿cómo se conforman los circuitos educativos de la clase alta en el marco de la citada fragmentación posterior al 2001? ¿Qué usos adquiere la escuela, en última instancia, para estas familias? ¿Cómo se articulan los procesos de distinción de estos sectores con formas “modernas” de selección? Y, finalmente, ¿qué sentidos asume la meritocracia para la clase alta argentina? (2016: 16). La estructuración del libro en seis capítulos brinda una secuencia narrativa que, en su desarrollo, permite ir elucidando armoniosamente las respuestas a dichos interrogantes formulados por la autora.

Gessaghi explica que, a la vez que reúnen determinados *apellidos*, las *familias tradicionales* de la Argentina están vinculadas de cierta manera al proceso de construcción del país como nación durante el siglo XIX y a las elites terratenientes de principios del siglo XX. En el primer capítulo del libro, la autora explora el trabajo de formación de la clase alta a través del análisis de una puesta en escena cotidiana de signos de distinción, perceptible —entre otras cosas— en marcas corporales y discursivas de los individuos. Esos códigos “sensibles”, sostiene, delimitan una frontera de pertenencia a la clase alta, aunque pueden ser aprendidos por aquellas personas que lo precisen (tarea en que la escuela juega un rol primordial). En una sociedad fluida como la argentina, la clase alta estaría “condenada” a la apertura —incluso si esta es estrecha— siendo el mérito y el talento su “puerta de emergencia”. Para la construcción de la “familia tradicional” en ese marco de movilidad social, observa Gessaghi, la memoria genealógica hace las veces de “sostén en un mundo que ya no es de unos pocos conocidos” (2016: 61).

La escuela es uno de los espacios que producen, traducen y transforman esa trama familiar densa, colaborando en la formación de dicho grupo social (2016: 67). Así, el segundo capítulo del libro da cuenta de los circuitos para la clase alta dentro del sistema educativo argentino. Gessaghi afirma que tal institución instaura una separación entre quienes son admitidos y quienes no, realizando un trabajo de distinción y consagración. Se impone así la idea de que la clase alta es tal porque elige —y es elegida— por determinadas escuelas. No obstante, esos procesos de diferenciación social en nuestro país se construyen en tensión con los

mencionados discursos igualitaristas arraigados en el imaginario colectivo de gran parte de los argentinos, por lo que todos los entrevistados reconocen la importancia de “salir de la burbuja” (2016: 94).

En el tercer capítulo, Gessaghi explora los sentidos que los adultos de la clase alta construyen en torno a su propia escolarización y la de sus hijos. En términos generales, demuestra que los discursos —no unívocos— de tres generaciones de integrantes de *familias tradicionales* coinciden en que los colegios no se eligen en virtud de un supuesto nivel académico, sino que las escuelas a las cuales asisten son aquellas que principalmente “forman en valores”. Así, la escolarización no solo no se asociaría con un sentido *credencialista*, sino que ni siquiera parecería necesario tener un título para tener trabajo, ganarse la vida, “ser alguien”, o para alcanzar la “realización personal”, todas cuestiones presentes entre las clases medias y los sectores populares (2016: 101). Las trayectorias educativas de los miembros de la clase alta deben situarse, según Gessaghi, en las tradiciones formativas de generaciones anteriores. Por ello, en el capítulo cuarto, la autora sigue los rastros de integrantes de *familias tradicionales* que asistieron a la escuela entre 1920 y 1950, con el propósito de incluir la configuración fragmentada de nuestro sistema educativo actual en un proceso de largo plazo y dentro de una trama de relaciones históricas que se remontan a los años previos a la expansión del acceso a la escuela media argentina (2016: 125). A partir de este recorrido histórico y relacional, queda de manifiesto por qué en la Argentina nunca se conformó un sistema de escuelas confinadas a las elites, como sí ocurrió en otros países tales como Francia, Inglaterra o Estados Unidos. En lugar de configurarse un sistema dual con formaciones “para todos”, por un lado, y “para los elegidos”, por el otro, Gessaghi afirma que nuestro país asistió a un proceso de “democratización segregadora del sistema educativo” (2016: 161) en el cual las clases altas se garantizaron una socialización entre iguales al crear un espacio de instituciones propias. La autora advierte que, si bien durante dicho lapso el Estado no consagró a las elites, tampoco desalentó su formación de circuitos educativos propios.

Gessaghi sostiene que en la sociedad argentina no hay privilegios de nacimiento y, si los hay, no están legitimados. Estar dotado de un patrimonio familiar heredado no aseguraría la reproducción social, ya que los recursos deben intervenir en la competición (2016: 165). El quinto capítulo del libro analiza, entonces, las oscilaciones de la clase alta “entre la herencia y el mérito”. Las transformaciones económicas y culturales de la última mitad del siglo XX introdujeron desafíos a la reproducción de estos sectores. Si bien siguió siendo necesario construir una trayectoria familiar de largo plazo dentro del grupo para no ser considerado un “nuevo rico”, el reconocimiento como profesional adaptado a la nueva economía moderna se presenta como un recurso valorado en las distintas disputas. Estos herederos, advierte la autora, no se hicieron profesionales en

el ámbito escolar, sino en el familiar. A través de una trayectoria de este tipo, la clase alta se “mezcla” con otros sectores sociales y no queda reducida a la “burbuja” (2016: 197), sumando así competencias que permiten profundizar la distinción.

Las *grandes familias*, dice Gessaghi, se distinguen de los “nuevos ricos” en cuanto a una moralidad: “pertenecer” implica determinadas obligaciones directamente asociadas a la configuración de una jerarquía. En el sexto y último capítulo del libro, la autora presenta la heterogeneidad de prácticas, rituales y recursos simbólicos involucrados en la producción social del “discurso moral del privilegio” —desde el cual los sujetos construyen diferencias y jerarquías— atendiendo en particular a los modos en que las escuelas participan en esos procesos. Quienes aspiran a formar parte de la clase alta argentina, concluye la autora, se ven legitimados a partir de la realización de determinados actos que acreditan el valor moral de la fortuna detrás del apellido (2016: 218). El libro de Gessaghi realiza una contribución sustancial al campo de los estudios sociales sobre las elites locales, aspecto en el que la antropología argentina tiene aún mucho por aportar. Su investigación echa luz sobre el carácter procesual y relacional de las trayectorias de clase y su imposibilidad de ser definidas a priori. El libro, en su totalidad, puede pensarse como un cuestionamiento complejo a la estabilidad, homogeneidad y unicidad del *habitus* (2016: 252), y como un conveniente llamado a pensar la clase social como un proyecto dinámico y en constante construcción. Las sugestivas reflexiones esbozadas por Gessaghi sobre el vínculo entre escolarización y clase alta lanzan, además, un gran desafío a las políticas educativas que intentan promover la inclusión social y disminuir la desigualdad. Ello hace del libro una herramienta útil para ser tomada no sólo por académicos interesados en las autopercepciones de clase, sino también por formuladores de políticas públicas que busquen ayudar a revertir la desventajosa situación de un importante sector de la población nacional. Si, para las élites, la escuela adquiere importancia no tanto como puerta de acceso a ciertos saberes, sino como posibilidad y vía para construir un entramado de relaciones que forjarán y mantendrán sus ventajas de clase, “no es posible seguir sosteniendo acríticamente que la educación garantiza el éxito social” (2016: 255). Por tanto, añade Gessaghi, “la construcción de un sistema educativo más justo vuelve urgente no sólo la mejora de la calidad en los aprendizajes, sino revertir décadas de desregulación de los procesos de admisión escolar y de selección de los alumnos por parte de las instituciones, tanto en el sistema de gestión público como en el privado” (2016: *ibidem*). En síntesis, *La educación de la clase alta argentina: entre la herencia y el mérito* constituye un aporte fundamental para la comprensión de las elites, su formación y los procesos de desigualdad social en la Argentina.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Tiramonti, G. (2004), *La trama de la desigualdad educativa. Mutaciones recientes en la escuela media*, Buenos Aires, Manantial.
- Tiramonti, G. (2007), "Subjetividad, pertenencias e intereses en el juego de la elección escolar", en M. Narodowski y M. Gómez Schettini (comps.), *Escuelas y familias. Problemas de diversidad cultural y justicia social*, Buenos Aires, Prometeo.
- Villa, A. (2011), *Aportes de la educación a la construcción social de los privilegios* (Tesis doctoral), Flacso.
- Ziegler, S. (2004), "La escolarización de las elites: un acercamiento a la socialización de los jóvenes de sectores favorecidos en la Argentina actual" en G. Tiramonti (comp.), *La trama de la desigualdad educativa. Mutaciones recientes en la escuela media*, Buenos Aires, Manantial.
- Ziegler, S. (2007), "Los de excepción: un retrato de las elecciones escolares de las familias de sectores favorecidos en la Ciudad de Buenos Aires y el Conurbano Bonaerense", en M. Narodowski y M. Gómez Schettini (comps.), *Escuelas y familias. Problemas de diversidad cultural y justicia social*, Buenos Aires, Prometeo.